

cio que se considere (v. gr., el regadío, los ferrocarriles, etc.), no puede hacerse, evidentemente, sin unidad de mando, sin una verdadera unión entre todos los servicios y pueblos peninsulares. Que tal unión no requiera y no implique, por ejemplo, unidad de idiomas o de dialectos es tan indudable como lo es el hecho de existir hace bastantes siglos la Confederación helvética, que sin unidad religiosa, ni de idioma, forma un antiguo y solo organismo nacional, donde el patriotismo suizo constituye una especie de segunda naturaleza; tan intenso es. Pero así como el fraccionamiento o desmembración de Suiza hubiera llevado consigo la ruina de los habitantes de aquella laboriosa República, así también la desunión ibérica, incluso en cosa tan evidente como las obras hidráulicas, es causa de ruina y de atraso, y se opone a todo progreso material y a la riqueza de cada una de las zonas; principalmente de las que más bienes pueden lucrar con la unión: aquellas que por estar a menos altitud, a orillas del mar, estarán más favorablemente afectadas por todos los embalses de aguas arriba, por todos los aprovechamientos de sus cuencas, y son susceptibles de navegación fluvial y de mayor consumo de agua y de fluido eléctrico. Especialmente, las dos zonas portuguesas; si hacen tabla rasa de su aislamiento actual, pueden enriquecerse de acuerdo con las zonas castellanas, porque podrán entonces disponer de fuerza eléctrica y de agua en grandes cantidades, de balde o a precios ínfimos, y aumentarán su navegación, sus cultivos y su higiene, y tendrán gran industria propia, que hoy no tienen, y mayor baratura de transportes. Todos los grandes ríos de Portugal podrán tener extendida en grado máximo su longitud navegable, y experimentar una completa regularización de su corriente y de su caudal, como sometidos plenamente a número y medida, y obtener de un modo estable profundidad y demás condiciones de que hoy carecen, con lo que la navegación se internará lo más posible en el país, y merced al mayor calado de los barcos, el tráfico marítimo llegará a sitios en que no lo soñarán los habitantes.

Cataluña y Portugal, como Sevilla, Valencia y Murcia, pueden prometerse de la Unión y del *gran plan integral hidroeléctrico*, más bienes que las Castillas. Y en relación con la utilidad ha de estar la distribución de la fuerza y del agua.

Pero como no sería razonable privar a un país de sus recursos naturales para dárselos a uno extraño, por eso no hay posible base distributiva si no va precedida de una completa unión, de un firme acuerdo entre todos los pueblos peninsulares.

En suma; los pueblos ibéricos están llamados a enriquecerse y transformarse, uniéndose; que la unión hace la fuerza, da la fuerza, en Hidráulica y en Agricultura y en todo; sólo que si ellos se proponen dividirse y arruinarse, lo conseguirán. Pero no debemos cerrar la puerta al optimismo, mientras haya algunas probabilidades de buen éxito. Juzguemos lo que puede ser nuestro país si utiliza bien toda su fuerza eléctrica y toda su agua. Sirvan de ejemplos Valencia y Murcia. Estas privilegiadas tierras del Sol, donde se aprecia tanto el agua y donde el regadío constituye una especie de segunda naturaleza, se prestan más que otras a servir de ensayo a la ejecución del *gran plan integral hidroeléctrico*. Ambas firmes columnas de la patria española son susceptibles de aumentos de población y de riqueza comparables a los que obtuvo Bélgica. Y esto sería el mejor estímulo y el mejor argumento para lograr la transformación de las tierras andaluzas, extremeñas, manchegas, etc., hoy tan poco aprovechadas. Y de una Agricultura rica se deriva una Industria poderosa, y un Comercio expansivo y próspero. Bases para ello serán, además, la abundancia de capitales, la bendita neutralidad, el utilaje novísimo, la moneda con premio, la posición geográfica (única en el mundo). Todo esto y algo más posee España. Recuer-

dese la gran densidad de población de algunos países europeos: ¿cuál hubiera sido si a diario les inundara tan intensa como a nosotros la luz del Sol? Si la Península Ibérica utiliza toda el agua y todo el fluido eléctrico que hoy desperdicia, podrá llegar a tener más de CIENTO millones de habitantes.

EN EL ATENEO

Las asociaciones profesionales de estudiantes

Conferencia de D. Vicente Machimbarrena, ingeniero de Caminos, profesor de la Escuela de este Cuerpo.

Voy a demostrar —comenzó diciendo el Sr. Machimbarrena— que si la colectividad de estudiantes españoles desea ocupar el puesto que le corresponde en la vida moderna, necesita organizarse en forma análoga a la empleada por las asociaciones profesionales.

No han faltado entre nosotros las asociaciones estudiantiles. Han nacido, por regla general, con grandes bríos, languideciendo al poco tiempo y desapareciendo después sin dejar rastro alguno de su paso.

Estos fracasos fueron debidos a los endeble fines de las asociaciones. Eran éstas centros de recreo, casinos de segundo orden, en los que se tomaba café, se jugaba al tresillo y a otros juegos menos inocentes y se hablaba mal, muchas veces con razón, de los profesores de los socios.

Pero los tiempos han cambiado radicalmente, y los actuales estudiantes, menos subordinados que sus antecesores, tienen más deseos de saber y sienten la tendencia a la organización.

Ya han empezado las reuniones y las conversaciones entre los alumnos para llegar a constituir la Asociación; pero la masa general no siente aún la necesidad de realizarla, y el conferenciante, sin pretender dictar los estatutos, va a limitarse a marcar la orientación.

El hombre se encuentra al nacer con dos realidades eternas, que le preceden en la vida y que continuarán después de su muerte: la Naturaleza y la sociedad. De la primera toma trabajosamente los elementos necesarios para su sustento, y fuera de ella no se concibe la existencia humana. Tampoco es ésta posible fuera de la sociedad, y por eso es tan terrible arma el boicotaje, que equivale a una expulsión de la sociedad, y es tan cruel el régimen celular, desterrado de los sistemas penitenciarios modernos.

La Revolución francesa, a quien tanto debe la Humanidad, destruyó trabas y privilegios; pero temió que los hombres pudiesen formar nuevas cadenas con los rotos eslabones, y dio origen al régimen individualista, que no reconoce otros intereses que los del individuo y los de la Humanidad, dejando olvidados los intereses de clase o profesión que tanto influyen en la vida de la sociedad.

En tiempos antiguos, el trabajo era vil y la holganza noble. Aun hoy, las clases que se llaman «bien» (hablando «mal») viven sin trabajar; pero no puede durar mucho su vida inútil e improductiva. El trabajo, más que un deber, es un derecho reclamado por las clases que se honran llamándose trabajadoras.

La organización científica de la sociedad futura se hará a base de la profesión, que es el trabajo al que el hombre consagra su existencia. Y los estudiantes, como hombres y trabajadores, deben contribuir a la organización de la sociedad en que viven.

La profesión del estudiante de Medicina no es el arte de curar, ni es el de construir la profesión del alumno de Arquitectura. La de uno y otro es la de estudiar, y bajo este concepto profesional deben agruparse los estudiantes. La enseñanza es el principio fundamental que dará unidad a sus asociaciones, puesto que la enseñanza sin estudiantes sería como una religión sin fieles, y en todo lo relativo a ella deben intervenir constantemente los estudiantes.

Pero mientras carezcan de organización y de sentimiento colectivo, mientras sean, como actualmente, seres pasivos, estarán sometidos a reglamentos estrechos que suplirán con su estrechez la falta de organización. Es preciso que recuerden los estudiantes que la libertad sirve para disciplinarse a sí mismos y evitar de este modo la necesidad de que los disciplinen los demás. Y mientras no se organicen, seguirán en el lamentable estado actual, sin poder culpar a nadie de ello; el mundo entero se organiza, y es imposible sustraerse a los movimientos generales de la Humanidad.

Como el principio directo de las asociaciones de estudiantes es la enseñanza, deben ser éstas fundamentalmente culturales. Y así como los obreros reclaman mejoras en los contratos de trabajo y en la higiene de los talleres y en el salario, los estudiantes reclamarán mejoras en sus contratos de enseñanza y en el material científico y en la aptitud de los profesores. Los obreros piden, en último término, que se humanice el trabajo, y los estudiantes, análogamente, deben pedir que se humanice la enseñanza.

Y cuando los alumnos sean actores y no simples espectadores en el tinglado de la enseñanza, pedirán laboratorios y bibliotecas circulantes, y organizarán visitas a museos y excursiones a fábricas y talleres. Pero es preciso que ofrezcan garantías para el cumplimiento de esta misión, y esa garantía está en la Asociación profesional de estudiantes.

De estas asociaciones no deben formar parte más que los estudiantes y sólo ellos. No debe permitirse, como se establece en el proyecto de Estatutos de la Universidad de Madrid, que el rector o los decanos o los Claustros intervengan y fiscalicen su administración. Que las asociaciones de ingenieros y de antiguos alumnos y de amigos de la Universidad y las Juntas de profesores

protejan y auxilien a las asociaciones, que les presten sus consejos y su dinero, pero que les dejen vivir su vida espontánea e independientemente.

Podrían las asociaciones de estudiantes organizar cursos para obreros; el alumno de Medicina podría dar consejos de higiene, el de Arquitectura podría indicar los medios de hacer más agradable el hogar modesto, y fraternizarían la juventud del trabajo y la del estudio, y aprenderían a conocerse y apreciarse, y muchas veces el estudiante podría auxiliar al obrero, no con la limosna, que rechaza todo hombre digno, sino con los medios que la delicadeza, la alegría y hasta la falta de experiencia de la juventud hallarían seguramente para ello.

Y como todas las ideas se enlazan y se compenetran, surgirían otras muchas asociaciones secundarias, y se crearían mutualidades escolares, donde el estudiante súbitamente empobrecido hallaría medios de continuar sus estudios, que no basta en la lucha por la vida recoger el botín de la victoria, es preciso también retirar los heridos que cayeron en el campo, y en la vida social son estos heridos, esos pobres muchachos que vieron, por un azar de la fortuna, frustrarse sus ilusiones de estudiante.

Este es el camino que os trazo —terminó diciendo el conferenciante—. No está sembrado de flores, pero otros más abruptos y escarpados siguen hoy los estudiantes, dejando entre las zarzas del camino jirones de juventud, de salud y de vida. Si mis palabras han servido para algo, creeré haber realizado esta tarde el acto más hermoso de mi vida.

*
**

El numeroso público que llenaba por completo el salón de actos del Ateneo, y en su mayoría estaba formado por estudiantes, entre los que se veían ingenieros y profesores, acogió con aplausos varios párrafos de esta interesante conferencia, y fué muy felicitado al final el orador, quien se vió rodeado por numerosos grupos que siguieron departiendo con él y solicitaron su apoyo y consejos para implantar tan nobles ideas.

Reciba nuestro distinguido compañero sincera enhorabuena.

REVISTA EXTRANJERA

Las condiciones técnicas para el establecimiento de un ferrocarril a través del Sahara.

Desde hace mucho tiempo, la concepción grandiosa, y cuya realización puede esperarse en un porvenir no muy lejano, de la línea «del Cabo al Cairo», ha suscitado en Francia una emulación que se traduce en diferentes proyectos de líneas transaharianas entre el Sur argelino y el Africa occidental francesa. A la descripción de estos proyectos dedica *Le Génie Civil* un extenso artículo, firmado por M. A. C., y dado lo interesante del asunto, hacemos a continuación un resumen del mismo. Figura en primer lugar entre estos proyectos el del ingeniero-jefe de Puentes y Calzadas Souleyre que prevé una línea partiendo de Biskra y descendiendo por Touggourt e In-Salah, hacia Tombuctu, con un ramal hacia el lago Tchad; viene después el de M. André Berthelot que toma como punto de partida a Colomb-Bechar, término de la línea del Sur oranés (fig. 1.^a).

Otros promovedores de esta idea vislumbran aún un programa más extenso de comunicaciones entre Argel, el Níger, el Congo belga y el Africa oriental inglesa, por ramales que se dirijan, respectivamente, a la región de Tombuctu, al término

(Kano) del ferrocarril de la Nigeria, a Stanleyville, sobre el río Congo y, en fin, a Port-Florence, sobre el lago Victoria (término de la línea inglesa que finaliza por otra parte en Mombassa, puerto en el Océano Indico).

Se trata, pues, de unir Argelia (y por consecuencia Marruecos y Túnez), primero con el Africa occidental y ecuatorial y, después, por un enlace con la futura línea del Cabo al Cairo, con el Africa meridional.

Más recientemente se han presentado otros proyectos, casi tan importantes; el de París-Madrid-Tánger-Dakar y el del Transudánés que, partiendo de Dakar (y de Conakry), se dirigiera hacia Fort-Lamy y Khartum, con término en Port-Sudán y Djibouti, sobre el mar Rojo.

Las nuevas condiciones económicas causadas por la guerra no permiten esperar la realización, por lo menos en fecha próxima, de proyectos de tal magnitud; conviene, sin embargo, dice el autor, no perder de vista el arreglo futuro del inmenso dominio africano-francés, y a esto se refieren las dos memorias publicadas recientemente por el teniente coronel Godefroy y por M. L. Durandean.

Considera el primero, con razón, que los «transafricanos»